

## Bola huacha

Me va a costar contarte. Y a ti te va a costar creerme. También me costó a mí cuando me lo dijeron... En fin, empecemos de algún modo. Debo partir aclarando que yo no conocí al personaje. Ni siquiera recuerdo a quién le oí la historia. Ahora, si necesitas un abono a cuenta de la lógica, anota: me he encontrado un par de veces con parientes suyos. Luego existen, para citar a Descartes.

Sí. Con Manuel José de Aguirrebeña estuve en una de esas interminables reuniones en que no se habla de nada, y esa nada se habla muy largamente. Aunque lo vi sentado, supe que era alto, que caminaría enhiesto. Perdona el terminacho: es el único preciso, precisamente por lo antiguo y blasonesco. Vi que movía las manos y los pies con una mezcla delicadísima de aplomo y de finura. Me hizo impresión el de, cuando nos presentaron. Con esa facha nunca hubiera podido llamarse Manuel Aguirrebeña a secas. Sin el José ni el de, habría sido como si se vistiera con un traje usado.

Sin embargo, ya desde el año 20 para acá, Manuel José iba siendo cada vez menos José, y el de comenzó a sembrar dudas. La suya era una vieja historia de apuestas a caballo, viajes a Europa, coristas chupasangres (no en París, que sería muy obvio para un hombre tan fino: en Toulouse).

Eso en cuanto al segundo de los tres hermanos.

Con el tercero, Isaías, me encontré en un par de fiestas. Era otra cosa: alto, fino y todo lo demás, pero de una manera solamente objetiva. No falsa, ¿te fijas? Objetiva. Isaías era aristócrata por herencia y por sangre y, si te parece, por educación. Por la leche que mamó, si es que no le tuvieron ama. Y punto. Llevaba su prosapia sin más entusiasmo que el asomo de calvicie en la coronilla: porque

sí: no lo vivía. Le habría sobrado el de, aun antes de los años veinte. Le habría escocido como un cuello duro.

Manuel José, en cambio, caramba, se veía capaz de inventar la aristocracia. O de haberla inventado antes de venir a menos.

Quizá elucubro demasiado. Dicho en palabras simples, el menor era duro y el mayor era blando: uno de esos tipos jaleosos que andan por ahí, y que si tienen apellidos, los usan para vender autos, acciones, casas. Que fue lo que hizo sucesivamente Isaías, mientras Manuel José le daba y le daba a la viña contra viento y marea.

¿Está claro?

De Cornelia no te hablo, porque si de este par sé harto poco, de ella conozco apenas dos o tres nada más bien incompatibles. La única cierta: que a los diecisiete le recluyeron por orden de un siquiátra. Hay... No: esa es una historia aparte. Tal vez te la cuente algún día, aunque no creo que llegue a saber más que ahora. Porque las historias te crecen, ¿sabes?, te caen en la cabeza igual que semillas, y empiezan a echar raíces, a echar tallo, y brotan, y ahí están, a veces más verdaderas en lo imaginario que en la verdad misma.

Volvamos, sin embargo, a los Aguirrebeña. De Aguirrebeña, si te suena mejor. Ya tenemos a casi todo el reparto. Faltan el escenario y la escena. Si no te importa, partiré por el cementerio, que es un lugar tan apropiado o tan inapropiado como otro cualquiera para comenzar. No. De hecho es el mejor en este caso. Lo vas a ver.

Cierra los ojos.

Imagínate un extraño funeral.

(Dirás que no hay un funeral que no sea extraño. Contestaré que sí. Dirás que nada es tan extraño como la muerte, y te contestaré que sí. Dirás que aunque esté ahí, y nos esté esperando y lo sepamos, sigue siendo un absurdo inaceptable. Contestaré: Así es. Dirás que la razón se subleva ante la idea —y mucho más ante la realidad— del hombre o la mujer que ya no es, porque lo lógico es ser, y... Contestaré, con un poquito de impaciencia, que sí, que sí, que estoy de acuerdo. Tal vez aquí te calles y me permitas continuar.)

Fue un funeral extraño. Raro por tantas cosas.

Primero, por el difunto. Segundo, porque era de buena familia y no obstante aquel se parecía mucho a un entierro de pobre: poca gente, apenas dos o tres coronas de compromiso, pésames de los labios para fuera. Terce... Mirémoslo, mejor. Ya irán saliendo lo tercero, lo cuarto y lo demás.

No contemos, tampoco, a las personas. Ahí dejarán, a la salida, sus tarjetas: para eso vinieron. Miremos a los dos Aguirrebeña. Manuel José, enhiesto —enhiesto, ¿te acuerdas?—, avanzando con paso de dueño, traje discretamente gris, corbata negra y gesto de fastidio o desdén o simple desinterés: elige tú. Pensando quizá que morir es una ordinariez tremenda, si no una especie de oscura obscenidad. A su lado Isaías, vestido de casi idéntica manera. De gris, de enhiesto, de un poco dueño y un poco fastidiado.

Los veo avanzar por la avenida, siguiendo el féretro al tren que corresponde. Detrás, los seis González —González de los buenos—, primos hermanos del cadáver.

No, no estoy jugando al suspenso: el cadáver se llama-llamaba (el pretérito recién se comienza a asentar) Jacinto Aguirrebeña González. ¿Que de dónde salió el nombre, el Jacinto? A mí no me preguntes. Tal vez una manda, una tía chiflada y devota del santo, si lo hubo, o un prócer de la familia que pudo ser célebre en el año del ñauca por cualquier tontería y que legó a su descendencia el borroso prestigio y la tradición de la cual habría de nacer —perdona el retruécano pedestre— la rama de los Jacintos.

Bien. Tenemos al muerto, los parientes, los dolientes. Ah, no te he hablado todavía de los últimos. Son diez, o doce. Insisto en no contarlos. Conversan, por supuesto. En la tradición nacional, bien sabes tú que el cotorreo es parte de cualquier honra fúnebre.

—Pero si yo lo vi el lunes —dice uno.

Otro:

—Pero si hace un mes estaba...

Otro:

—Pero si Carlos me di...

Pero, pero, pero. Es la protesta, el no que rechaza la muerte porque todos estamos de algún modo en capilla, porque la muerte es absurda, porque el no ser y todo lo demás, que quién no entiende. Y enseguida, alivia tanto pensar —ojalá sin pensar—: *Ese es el difunto, yo no; es ese, ese; es otro; no lo miremos, no vaya a resultar contagioso el... la... Miremos a otro lado.* Y la charla cambia entonces; se acuerdan del clima, los quehaceres.

—¿Irá a llover, tú crees?

—¿Cómo, en noviembre?

—Está tan raro el tiempo...

—Sí: el sábado no más, tú viste...

—Será la bomba atómica...

Y:

—Quizá.

Y:

—Yo creo...

Y:

—Yo leí en una revista...

(Yo, yo, que sigo vivo). Y:

—Qué es lo que no anda mal: ya ve el costo de la vida: dos coma cinco.

—Sí, cómo no: dos coma cinco. ¿Usted se lo traga?

—Ah, no, gracias, ¿y usted?

Y je-je y las estadísticas, y así: cierran filas los sobrevivientes, protegen sus flancos del hielo, de la idea, de la presencia, porque no es lógico que se mueran los muertos.

Es la parte más pintoresca de esta ceremonia bárbara, que a lo mejor estudiará algún sociólogo del futuro, si es que en el futuro no se nos ha acabado la paciencia y no hemos barrido para siempre con los sociólogos —o con los funerales—, para así tranquilizar nuestras conciencias de algún. Sería la parte del apaciguamiento o el eufemismo: cada pueblo primitivo tiene su sistema: no mencionar al demonio; buscarle un nombre bueno, a ver si se convence de no hacernos mal; ahuyentarlo con rituales de espanto. Tampoco voy a ponerme culto, pero mira: ahí va el machi, o sea, el párroco, desgranando-desgranando su rosario de responsos delante del ataúd.

Ah, y la Celinda. Ni siquiera cerrando el cortejo: atrás, atrás, como si fuera de otro entierro.

El camino bajo los árboles y entre las tumbas es largo, y alguien protesta, y cada cual piensa en la letra por pagar o la entrevista con fulano, o que ya van a ser las doce y...

Mascullan:

—No hay derecho.

Pero tú y yo sabemos a qué es lo que de veras no hay derecho.

Suspiran:

—En fin.

Porque, entre broma y broma (entre broma y broma literalmente), hemos llegado al lugar. Callan apenas un instante mientras los empleados ponen el cajón en su casillero, sacan las coronas y las van distribuyendo sobre la losa, se sacuden las manos, resoplan, se secan algunas gotas de sudor, vuelven a colocarse las gorras, parten.

Y parten los dos Aguirrebeña, los seis González buenos, los amigos.

La Celinda todavía no.

Alguien la mira. Pregunta:

—¿Es la sirvienta?

El gracioso del no-gracias responde con un susurro histriónico:

—Es la heredera.

—¿La he...?

Tornan a mirarla; dura de dolor, como un mono de greda. Y va saliendo la historia del pobre, riquísimo Jacinto Aguirrebeña González, cincuenta años, tres fundos, dos mil acciones de esto y cinco mil de lo otro, una casa en Santiago, departamento en Viña, y auto no y avión no y yate no y muebles finos no y tragos y fiestas no.

—Pero...

Otra vez rezan el perplejo rosario de los peros. Son peros distintos ahora, porque ahora es distinta la lógica que aplican.

Van de vuelta.

—Pero y los hermanos...

—Pero la familia...

—Pero dejaría un dineral...

—Pero qué a...

—Pe...

Y el gracioso, que conoce la historia, va soltando detalles con regocijada avaricia. Unos le van creyendo y a otros les va costando creerle, como a mí me costó días después, y como va a costarte a ti enseguida, en cuanto oigas lo que viene.

—No —dice alguien—, dineral-dineral no era. Porque este pobre niño empezó a chiflarse hace años.

—¿Él también?

—Usted se refiere a su hermana Cornelia. Fue otra cosa. Jacinto era bien bola huacha, con el debido respeto. Estudió Leyes por darle gusto al padre, pero no sé si se recibió o no se recibió. Viene a ser lo mismo, porque no ejerció jamás.

—¿De qué vivía antes de heredar, entonces?

—Del aire. Porque don Manuel José viejo no le pasaba ni un diez; a ver si sentaba cabeza, decía. Inútil. Y cuando Jacinto heredó, para qué le cuento. Fue metiéndolo todo en un par de escuelas que decidió ahijar. Una en Barrancas, o no sé por dónde, y la otra tampoco sé dónde, pero no era cerca. Desde antes hacía clases de algo. No

cobraba sueldo. Después, con la plata de su herencia en la mano, que vamos arreglando esto, que agreguemos una salita acá, un patiecito allá, una estufa para los niños que nunca habían visto una estufa.

—Chalado.

—No podía ver que la mamá de fulanito estuviera enferma: tenía que partir a comprarle remedios. Si el papá de zutano quedaba cesante, le suplía el sueldo hasta que encontrara.

—Bonito, por un lado.

—Por un lado, quizá. Por un lado. Porque por otro, Manuel José se rompía entero para salvar la viña, y de Isaías si te he visto no me acuerdo.

—¿Le negó ayuda?

—¿A quién?

—A Manuel José, que...

—¿Usted cree que Manuel José va a darle a alguien alguna oportunidad de negarle ayuda? No la pediría ni aunque estuviera muriéndose. Negarla no, pero porla, si yo veo a mi hermano con el agua al cuello, no ando con obritas de misericordia para desconocidos, ¿no es cierto? Ni voy a vender un fundo, por mío que fuera, para retechar la escuela y agrandar el gimnasio, o...

—No, pues.

—No, pues. Y así se le fueron los tres fundos. Los tres. En veinte o treinta años, no me acuerdo. El viejo se debe haber revuelto en su sepultura.

Llegan a la entrada del cementerio —la salida para estos efectos—, dejan meticulosamente sus tarjetas, estrechan meticulosamente las manos de los dos Aguirrebeña y de tres de los González buenos. Con eso les basta; salen, se reúnen al lado afuera, continúan:

—Vivía igual que un mendigo. En una pensión de mala muerte y peor comida, por San Pablo abajo.

—¿Cuál sería el gusto?

—Según él, bastaba con eso.

—Mire, pues.

—Ahí conoció a la heredera.

—Sí, ¿cómo fue? ¿Quién es ella?

—La sirvienta de la pensión.

—La...

—Sí, señor. Ella.

—¿Ella lo hereda?

—Ya dije. Resulta que Jacinto era enfermizo. Pasaba entre el asma y el reuma y entre el reuma y el asma. Caía a la cama por meses. Y la Celinda, Celmira, Celedonia (o como se llame) lo atendía, digamos que a cuerpo de rey. O sea: le llevaba su agüita caliente, su sopita de posta, sus aspirinas. Y punto, porque para parco, Jacinto.

—Y la nombró heredera suya.

—No, mi amigo: sería demasiado simple. Y la vieja (porque es una vieja pelleja, ¿la vio?) habría recibido relativamente poco, dentro de todo. Apenas la cuarta de libre disposición.

—Ah, le donó en vida.

—Frío.

—No entiendo.

—Bueno, yo tampoco entiendo. Y creo que ni el propio Jacinto entendió lo que hizo, ni podía explicarlo. Se casó con ella.

Silencio perplejo.

—¿Se...?

—Se casó con ella. En cuanto él supo que tenía cáncer, y le dieron la fecha aproximada del vuelo, se llevó a la Celedonia al Registro Civil, y zas: casamiento secreto.

—Tiene que haber odiado a sus hermanos.

—Nada. Los quería como un perro a su dueño. A Manuel José le tenía una admiración enorme. Y a Isaías, una indulgencia no menor. Lo sacó de más de un apuro. Usted sabe los puntos que calza Isaías.

—Claro, pero entonces...

—Entonces, nada.

—¿Qué va a hacer la Cinabria con tanta plata?

—Imagínese. Para vivir va a bastarle una pizca de sus rentas. Y el resto, para seguir con la escuelita. Dicen.

—Así como lo cuentas, parece un cuento de hadas.

—Esa parte, pregúntasela a los hermanos.

—Increíble.

—In-creíble.

Increíble, dirás tú también. Yo lo dije al principio, pero queriendo creer, ¿me entiendes? Dije increíble aunque en el fondo, después de oír la historia, no dejaría de gustarme creerla; porque uno...

En fin: esa es la cosa.